

bre como cosa vituperable entre los que habian hecho empeño de malquistarlo con los que lo miraban como Sacerdote ejemplar, y estos piadosos estimadores del Padre eran la mayor parte de aquellas Nobilísimas Repúblicas. Cotejadas las circunstancias que tuvo el primer Oratorio de la Santa Ciudad de Roma con las que se fueron ofreciendo en éste de San Miguel pareció á hombres sábios y en la crítica juiciosos muy versados que era este Oratorio el más parecido al que fundó el Patriarca San Felipe Neri: así se lo oí ponderar con reflexiones juiciosas al Padre Don Julian Pérez Dávila Preposito una y otra vez del Oratorio de México, Teólogo Insigne, Cronista celeberrimo y por su relevante virtud dejó acreditado en su muerte el título de Venerable.

Seguendo nuestro Filipense el ejemplo de su amado Santo Padre puso en tabla sus ejercicios, facilitó la frecuencia de los Santos Sacramentos, sus Pláticas eran continuas, su confesar á todas horas, el cuidado de criar los Jóvenes en el temor de Dios y buenas letras, el procurar reducir pecadores perdidos, convertir mujeres escandalosas, persuadir á los Eclesiásticos al porte de vida edificativa y ser acérrimo extirpador de los escándalos. Siendo Preposito no se desvió un punto de las máximas que habia leído así en la Regla como en la vida de este Espeso de prudencia. ¿y cómo podia errar en su gobierno quien se regulaba por ejemplar tan soberano? Quiso San Felipe por propagar la Fe Santa venir á las Indias, y el Cielo por voz de un Varón Santo le dijo: Roma serán tus Indias.

Quiso el Padre Juan Antonio venir á las Indias á convertir Infieles, que para eso sacó Cédula con cláusula específica y el Señor por sus ocultas y venerables providencias parece le decía en su corazón: España será tus Indias; pues desde que tenia ya logradas todas sus licencias y despachos pudo haberse venido; más en las guerras y falta de socorros á tiempo encalló su nave, y al querer moverse lo cogió la ruada, que nunca para hasta llevar el cuerpo á la sepultura.

Dos herejes muy nobles, se lee en la vida de San Felipe se convirtieron á persuasiones del Santo entre otros muchos que reconcilió con la Iglesia: ya fué su imitador el consuelo de ver reducidos á la Fe Santa dos nobles herejes que se movieron con sus Pláticas dogmáticas comerciantes rivas

en el Puerto y Ciudad de Cádiz. En la fábrica de la hermosa Iglesia que hoy tiene el Oratorio de San Miguel, y antes era Santuario de la milagrosa Imágen del Santo Eccehomo, cuya traslación por motivos que no son de mi asunto referir, hizo por su misma Persona el Ilustrísimo Señor Doctor Don Pablo de Matos á la Parroquia de la Villa de San Miguel se vio renovado lo que pasó en la Iglesia de la Vallicela de Roma, que sin humanas diligencias de parte del Fundador primero ni de los suyos se perfeccionó todo el Templo y se comenzó la vivienda de los Padres, que ahora se ve otra magnífica despues de la muerte del Padre Juan Antonio, y otra tanto se vio en la Vallicela despues de la muerte de San Felipe. Observó puntualísimamente lo que el Santo ordenó siendo en sus Sermones y Pláticas las materias no escolásticas sino morales, ejemplos, historias Eclesiásticas y que moviesen á compasión á los agentes especialmente la continuación en explicar la Doctrina Cristiana como lo hizo su Patriarca. En la celebración del tremendo sacrificio de la Misa practicaba lo que el Santo aconsejó á los suyos siendo más breve que largo, aunque con el espacio debido al decoro de acción tan alta. Si tal vez se sentia tocado de devoción extraordinaria se acordaba de lo que aconsejó San Felipe, que era decir á su interior: No te quisiera aquí sino en el aposento. queriendo decir con esto, que la Misa se debe decir con espíritu, pero no con enfado de quien la oye, y que en el aposento se debe soltar la vida á la devoción. Nunca podia nuestro Filipense hacer lo que su Santo Padre, que en no teniendo penitentes que lo esperasen se movaba las manomanas encerrado en su Oratorio con sola la ocupación de decir Misa, en que era su espíritu arrebatado de contemplación divina y altísima: en esto no podia seguirle su hijo por no estar llamado á grado tan sublime, y porque le faltaba tiempo para consolar los muchos penitentes que le acudían. Siempre obedecieron al Padre Juan los que lo tuvieron de Preposito en varios Oratorios, y á los que envia no ser para el instituto con toda caridad los removia de las Congregaciones. En apartar la juventud de los caminos del vicio cogió muchos de sus Santo Padres, recogió muchos pobrecitos en su nuevo Oratorio, les amonestaba de continuo, no los perdía de vista, sufría sus imperiencias, les instruía en las letras, y ellos le cobraron tal amor que no osaban apartarse de su presencia: viven muchos que con

tiernas lágrimas hacen recuerdo de la buena crianza que les dio el Padre, y hasta ahora echan menos las caricias que experimentaron en aquellas entrañas piadosas. Las virtudes del Santo eran las que mas deseaba trasladar por la imitación a su espíritu: su humildad profundísima lo obligaba a entrar en el centro de la nada conociendo que si un San Felipe Neri se llamaba a sí el mayor de los pecadores, ¿que podía contemplar quien se reconoce siempre lleno de miserias? Su paciencia le daba alientos en sus persecuciones poniendo a su vista las de su amante Padre, considerando las unas gigantes y las otras pigmeas. La oración tan recomendada del Santo tenía ocupado todo el ámbito de su pecho, no lo dejó hasta su muerte, y la persuadía a todos mientras vivió. La Fé, Esperanza y Caridad miradas en el original de San Felipe fueron su más poderoso estímulo para procurar en lo que era dable a su proqueidad imitarlas. Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza no hicieron sus oficios ni excitaron sus funciones sin mirar primero al exemplar que le dio el Señor en el Monte del Oratorio para sus aciertos. Procuró por último mirar sus acciones a vista de este Espejo claro que le deparó su dicha por beneficio del Cielo, y dio el tiempo a conocer poder numerarse entre las Estrellas del Cielo en la tierra de tantos Oratorios, y Dios solo sabe dar a cada estrella la luz y el nombre.

Capítulo XXXVII. Última enfermedad y dichosa partida a la eternidad del Padre Juan Antonio,

Con pasos perezosos llegó la memoria a hacer recuerdo de tan doloroso trance. Resiste la piedad tomar la pluma para describir el término de una vida que fué alma de tan singulares virtudes. No quisiera el fraternal amor verle morir en mi historia cuando se conserva viva la imagen de sus virtuosas acciones en los linces de mi alma. Pero si la mortalidad nos privó de su amable presencia, la vida que tuvo nos dejó instrucción para componer la nuestra, y su dichosa muerte nos dejó esperanzas de que hizo tránsito a mejor vida. Los bienes que a un hombre justo le ocasiona la muerte no se han de significar con lágrimas, antes deben celebrarse con júbilo. Sócrates, insigne filósofo afirmaba que la muerte se había de pintar con unas de tres figuras, ó como sueño profundo en que los sentidos descansando cesan de sus operaciones, ó como una larga peregrinación en la cual de esta

mansion mortal se pasa a los afortunados descansos, ó como una separación forzosa por la cual el cuerpo y la alma hasta entonces unidos en amoroso vínculo se despide uno de otro y se deshace la antigua compañía. De cualquiera forma de estas que contemplemos la muerte, dice el erudito Piscinelo, en uno de sus sermones, es cosa sumamente buena si cae sobre ajustada vida. Si es sueño, esta es la muerte de los amados de Dios, en figura de David, a que se sigue la herencia eterna; y si es más dulce el sueño cuando es más profundo, tal es el de la muerte que solo hace despertar de él la divina omnipotencia. Si es camino de peregrinación, ¡oh qué dulce y deliciosa para quien llega a su Patria! Si es separación de alma y cuerpo es la muerte aun con este nombre gustosísima, pues por su beneficio ya no inquieta el amor terreno, no consume el calor natural el odio, no amedrenta el temor, no engaña la esperanza, no fatigan las congojas, no afigen los deseos, y queda el cuerpo libre de ser un vil esclavo de continuas miserias.

De mucho tiempo antes que llegara esta hora la tenía este Varón virtuoso prevenido. En todas las cartas en que expresa los grandes deseos de volver a su amado Oratorio, decía: Quiero a servir al Rey de Reyes en esos vastos Países, si el Señor no procurare mi persona para su presencia, quiera su Majestad sea en gracia suya. En otra carta: El Señor nos ayude y mande lo que fuere de su mayor agrado, porque aquí y allá veo yo muy cortos mis días, y vivo como si cada día muriera. Año 35 escribe: La Primavera nos llevara Dios a ver esa tierra de promisión, si no es que antes vamos a la tierra de los vivientes. Otra vez repite: Vivo con la incertidumbre del cuando, que me acobara muchas veces aun las operaciones comunes, y me quita el sueño la facilidad en el morir de que veo cada día tantas experiencias. Las últimas cartas que tenemos de su mano fueron de el año de 746 de 27 de Mayo, y no nos llegó más noticia de cómo se hallaba hasta que la tuvimos de su fallecimiento. Ya dejó advertido que desde el año de 44 hizo mansion en la ciudad de Córdoba, no en el Oratorio donde fué Prebitero seis años, sino en una pobre casilla situada en lo que llaman Villa de la ciudad, contigua a la Parroquia de San Nicolás donde predicaba los días festivos. Muchos días antes de rendirse a la cama conocía en sí lo iba acabando la debilidad que sentía en las fuerzas naturales, pero como escriben sus Albaceas, la valentía de su espíritu disimulaba, procurando destemorar algo a los que como íntimos amigos lo visitaban, y como a Padre aman-